



[CRISTIAN FRANCO](#) , 29/11/2013 | Cuando era pequeño **había que esperar**. No quedaba otra. Y eso que nací en la recta final del siglo XX, momento en que comenzaban a adquirir celeridad **muchí**

simas transformaciones

que hoy en día definen a nuestra cultura: la expansión de las comunicaciones, el desarrollo de nuevas tecnologías de información, la optimización del transporte y la denominada “globalización”, entre otras.

Algunos ejemplos que hoy suenan cual historias de la “Edad de Piedra”: si uno quería ver los dibujos animados **debía esperar** hasta que el canal de televisión (por aire) lo pasara. Si uno deseaba comprar determinado producto

era necesario aguardar

hasta la hora de apertura del comercio en cuestión. Si uno necesitaba obtener información específica para una investigación o un trabajo escolar

tenía que esperar

hasta dar con el libro especializado en la biblioteca pública o tener la dicha de adquirirlo en la librería local. Si uno quería comunicarse con familiares que vivían en otra ciudad

había que aguardar

a que se estableciera la comunicación telefónica mediada por la operadora de turno o enviar

una carta y confiar en que, a su debido tiempo, llegara a destino.

Si uno deseaba adquirir algo que superara la capacidad mensual de compra **se hacía necesario esperar**

hasta ahorrar el dinero suficiente para ello (el uso extendido de las tarjetas de crédito llegaría años después).

Y así podría enumerar varias cosas más

(cada uno sumará sus propias anécdotas a este listado).

No era mejor ni peor vivir en esas condiciones. Era así, no quedaba otra. **Había que esperar.**

Por eso no deja de sorprenderme **la ansiedad** con la que solemos transcurrir cada día, en particular quienes vivimos en contextos urbanos de alta densidad poblacional.

Tenemos

miles de recursos a nuestro alcance,

estamos atiborrados

de información,

contamos

con posibilidades de consumo varias veces superiores a las del pasado,

disponemos

de medios de comunicación que nos permiten estar conectados con todo el mundo en apenas unos instantes,

y así y todo sentimos una necesidad apremiante de lograr y obtener las cosas “ya mismo”.

Es cierto que el ritmo de vida nos lleva a requerir efectividad y rapidez, **y más cuando el mundo funciona de ese modo.**

Por eso no intento ni trato de efectuar una crítica del sistema con la melancolía típica del que se lamenta por “aquellos tiempos mejores que nunca más volverán”.

Nada de sentimientos de tristeza ni frustración.

Disfruto mucho vivir en la ciudad y valoro muchísimo lo que solemos llamar como “adelantos”. Pero me parece que con más frecuencia de lo esperable solemos imprimir el mismo vértigo a situaciones, relaciones, hechos que por sí mismos

no pueden ni deberían ser susceptibles de caer en las garras del “lo-quiero-ahora-mismo”.

Porque **no hay celeridad** que baste para sanar las heridas (físicas y emocionales). **No hay apresuramiento**

que logre el desarrollo saludable de un niño.

No hay vértigo

que pueda sortear el curso normal de una preparación académica.

No hay prisa

que ayude a evitar del tiempo necesario para el cultivo de una amistad.

No hay ansiedad

que permita saltarse etapas en la construcción de la personalidad.

No hay atajo

que logre forjar una espiritualidad auténtica que vaya más allá de la instantaneidad del momento.

Sí. Hay cosas para las cuales se requiere **acción sostenida** en el tiempo y **paciencia expectante**.

Autor: [Cristian Franco](#)

© 2013. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.

{loadposition cristian}